

DOMINGO II DE ADVIENTO (CICLO C)

Para poder comprender bien el mensaje de este segundo Domingo de Adviento del ciclo C, es muy útil ahondar en las peculiaridades del evangelio de Lucas, que presenta la figura de Juan el Bautista. La persona y el mensaje del Precursor ocupan, todos los años, las perícopas evangélicas del segundo y el tercer domingo de Adviento. Es sabido que Lucas subraya más ampliamente que los restantes evangelios la personalidad del Bautista, desde las escenas de la infancia, Jesús y Juan son presentados como en vidas paralelas.

Primera Lectura: Lectura del Libro de Baruc, 5, 1-9: Oráculo de restauración.

Si siempre en la Liturgia de la Palabra de los Domingos la lectura Primera está en función del Evangelio; también en los Tiempos Fuertes; pero no sólo como lectura introductoria, sino como ampliación del mismo mensaje evangélico.

La lectura primera, tomada del profeta Baruc, profundiza en otra línea, la riqueza del mensaje salvífico. Lo importante no es el acto de convertirte, sino a quién y a qué te conviertes. Baruc nos lo explica.

El libro de Baruc es una colección de textos de estilo diverso, escrito hacia el siglo II aC en el ambiente del judaísmo de la diáspora, y atribuido de forma seudónima a Baruc, el secretario del profeta Jeremías.

En el Adviento acentuamos el aspecto peregrinante del pueblo de Dios, que se encuentra en la “Diáspora”, pues su meta, no es la tierra, sino el cielo. De aquí la importancia de la lectura de este Profeta, especialmente el texto elegido.

Baruc 5, 1-9 es una llamada a la esperanza. El autor se sitúa idealmente en uno de los momentos más dramáticos de la historia de Israel, el de la destrucción de Jerusalén por parte de los babilonios (siglo VI aC), y proclama que Dios intervendrá para invertir la situación. Creo que es conveniente tener esto presente para poder percibir la riqueza y la peculiaridad de esta perícopa, que hemos proclamado.

El oráculo de salvación y consuelo es un poema inspirado de cerca en modelos de Isaías II y III, sobre todo por la imagen maternal y el estilo del apóstrofe lírico. Si en la súplica penitencial Dios y el pueblo eran partes unidas en la alianza, aquí la relación está vista en imagen familiar. Dios es el padre que ha criado al pueblo, como enseñan Dt 8, 5: “*Date cuenta, pues, de que Yahveh tu Dios te corregía como un hombre corrige a su hijo*”.

Jerusalén es la madre del pueblo, pues representa a la comunidad en su valor fecundo y acogedor. Dios es el esposo de Jerusalén.

El padre exige respeto: “*El hijo honra a su padre, el siervo a su señor. Pues si yo soy padre, ¿dónde está mi honra? Y si señor, ¿dónde mi temor?, dice Yahveh Sebaot a vosotros sacerdotes que menospreciáis mi Nombre. - Decís: ¿En qué hemos menospreciado tu Nombre?*” (Mal 1, 6) y castiga a sus propios hijos para transformarlos.

La madre no puede contenerse: “*¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque ésas llegasen a olvidar, yo*

no te olvido” (Is 49, 15), se deja llevar de la compasión, aunque sus hijos sean la causa de su pesar.

Abandonada del marido, la ciudad se encuentra en la posición social de una viuda sin medios. A pesar de todo, sigue confiando y esperando. Ya siente la inminencia de la salvación, toda obra de Dios, repetición del antiguo éxodo: opresión del enemigo cruel, clamor del pueblo, victoria de Dios sobre los opresores, salida del pueblo, el desierto transfigurado, llegada a Jerusalén

Analizamos y oramos esta bella perícopa del profeta Baruc.

1. *Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y aflicción y vístete las galas perpetuas de la gloria que Dios te da.*

En el capítulo 4,20 de este profeta leemos:” *Me he quitado el vestido de fiesta, me he puesto el sayal de suplicante y clamaré al Dios eterno mientras viva*”. Ante esta situación de dolor y de tristeza; la invitación siguiente se comprende mejor:”*Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y de aflicción y viste las galas perpetuas de la gloria que Dios te da*”. (ib. 5,1-2).

Cambiar el vestido simboliza en el libro de Judit el comienzo de la liberación: “*se quitó el sayal que vestía, se desnudó de sus vestidos de viudez, se bañó toda, se ungió con perfumes exquisitos, se compuso la cabellera poniéndose una cinta, y se vistió los vestidos que vestía cuando era feliz, en vida de su marido Manasés*” (Jdt10, 3)

2. *Envuélvete en el manto de la justicia de Dios y ponte en la cabeza la diadema de la gloria del Eterno*

Dios confiere la justicia a Jerusalén: se puede entender como su rehabilitación, su triunfo en un juicio frente al enemigo, su restablecimiento en los derechos anteriores: “*Tal será nuestra justicia: cuidar de poner en práctica todos estos mandamientos ante Yahveh nuestro Dios, como él nos ha prescrito*” (Dt 6, 25)

3. *Porque Dios mostrará tu esplendor a cuantos viven bajo el cielo*

Esa nueva justicia, no el poderío militar o político, será su esplendor y fama ante otras naciones, como anunciaba: “*Guardadlos y practicadlos, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia a los ojos de los pueblos que, cuando tengan noticia de todos estos preceptos, dirán: Ciertamente que esta gran nación es un pueblo sabio e inteligente*” (Dt 4, 6).

4. *Dios te dará un nombre para siempre: “Paz en la Justicia, Gloria en la piedad”*

Ya Isaías hablaba de un cambio de nombre de la ciudad: “*entonces te llamarán Ciudad Justa, Villafiel*” (Is 1, 26) Uno de sus discípulos amplía el tema: “*Te llamarán Ciudad del Señor, Sión del Santo de Israel... tu muralla se llamará Salvación y tus puertas alabanza*” (60, 14.18) ; “*Te pondrán un nombre nuevo, pronunciado por la boca del Señor... te llamarán Mi Favorita... a ti te llamarán Buscada, Ciudad no abandonada*” (64, 4.12).

El nombre del presente oráculo es el resultado de una síntesis de valores: la ciudad respetará a Dios, y esta será su gloria; promoverá la justicia entre los hombres, y de ahí brotará la paz. También el salmo 122, compuesto a gloria de la capital, menciona el centro del culto y los tribunales de justicia, y saluda a la ciudad con la paz.

Israel recibe un nuevo nombre de parte de Dios, será la ciudad donde rebosa la paz como fruto de la justicia y la gloria divina por su relación especial con Dios. Jerusalén, como novia radiante, es nuevamente desposada por su marido.” *Dios te dará un nombre para siempre:” Paz en la justicia, gloria en la piedad”* (ib. 5,4).

El nombre no solamente designa a la persona, sino que indica lo que es; hasta cierto punto la constituye, la transforma. Jerusalén, acostumbrada a ser siempre dominada por los demás, recibe un oráculo de felicidad, de paz y de gozo.

5. *Ponte en pie, Jerusalén, sube a la altura, mira hacia oriente y contempla a tus hijos, reunidos de oriente y occidente a la voz del Santo, gozosos invocando a Dios*

La que se lamenta está sentada en tierra o tendida en el polvo, abatida con su dolor y sin mirar en torno. Se ha de levantar para dejar la posición de duelo, para salir de su ensimismamiento, para mirar desde la altura: “*Sacúdete el polvo, levántate, cautiva Jerusalén, Líbrate de las ligaduras de tu cerviz, cautiva hija de Sión.*” (Is 52, 2)

Los judíos que vivían en la diáspora en el siglo II aC tenían necesidad de escuchar estas palabras para animarse y para seguir esperando. Lo mismo que hizo el Señor con su pueblo, cuando estaba en el destierro, esto mismo hará ahora. ” *Sube a la altura, mira hacia oriente y contempla a tus hijos, reunidos de oriente a occidente, a la voz del Espíritu, gozosos, porque Dios se acuerda de ti*” (ib. 5,5).

6. *A pie se marcharon, conducidos por el enemigo, pero Dios se los traerá con gloria como llevados en carroza real.*

El texto de Baruc es una de las perícopas más líricas del leccionario. Es el anuncio de la obra salvadora de Dios, que retornará a los desterrados a Jerusalén. Dios concede el regreso y El mismo lo dirige con presura:” *Salieron de ti a pie, conducidos por el enemigo, pero Dios te los devuelve con honor, transportados con en el trono real*” (ib. 5, 6). Realmente se ha producido un gran cambio y todo esto, gracias al Señor. La desgracia se cambia en manifestación de la gloria, el luto en fiesta, el gozo de los enemigos en lamento. Con el anuncio del retorno de los desterrados el discurso adquiere un cierto sabor de restauración nacionalista (siempre *puede darse este peligro*), pero es innegable la resonancia escatológica de todo el oráculo.

Comienza el nuevo éxodo glorioso, en el cual, a imitación de Isaías II, el camino ya no es penoso ni duro, sino que la caravana de los rescatados transforma el desierto en paraíso y anticipa los bienes de la tierra prometida

“*Y traerán a todos vuestros hermanos de todas las naciones como oblación a Yahveh - en caballos, carros, literas, mulos y dromedarios - a mi monte santo de*

Jerusalén - dice Yahveh - como traen los hijos de Israel la oblación en recipiente limpio a la Casa de Yahveh.” (Is 66, 20).

7. Dios ha mandado abajarse a los montes elevados y a las colinas encumbradas, ha mandado llenarse a los barrancos hasta allanar el suelo, para que Israel camine con seguridad guiado por la gloria de Dios;

Dios allana la calzada que va hacia Jerusalén para hacer más fácil el regreso

“Una voz clama: «En el desierto abrid camino a Yahveh, trazad en la estepa una calzada recta a nuestro Dios.

Que todo valle sea elevado, y todo monte y cerro rebajado; vuélvase lo escabroso llano, y las breñas planicie.” (Is 40, 3-4) La gloria de Dios sustituye a la nube y la hoguera del Exodo.

8. Ha mandado al bosque y a los árboles aromáticos hacer sombra a Israel.

“Pondré en el desierto cedros, acacias, arrayanes y olivares. Pondré en la estepa el enebro, el olmo y el ciprés a una” (Is 41, 19)

Para que el viaje resulte lo más cómodo posible, Dios hará que crezcan árboles umbrosos que defiendan a los viajeros del sol.

9. Porque Dios guiará a Israel con alegría a la luz de su gloria, con justicia y su misericordia.

La luz de su presencia gloriosa: *“¡Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria de Yahveh sobre ti ha amanecido!*

Pues mira cómo la oscuridad cubre la tierra, y espesa nube a los pueblos, mas sobre ti amanece Yahveh y su gloria sobre ti aparece.” (Is 60, 1-2). La “misericordia” y la “justicia” personificadas acompañan a Dios y a los exiliados en su viaje.

Baruc concluye su obra volviendo a confesar la misericordia de Dios y la salvación otorgada a Israel. Dios concede el regreso y él mismo lo dirige con premura.

Muy acertado el estribillo del salmo responsorial: *“El Señor ha estado grande con nosotros y estamos alegres”*. Salmo de peregrinación, súplica de acción de gracias. Se abre este salmo con el reconocimiento gozoso y agradecido de las maravillas que Dios ha hecho por su pueblo, especialmente la vuelta del destierro.

Segunda lectura: De la carta del apóstol S. Pablo a los Filipenses: 1, 4-6.8-11: Acción de gracias y plegaria.

Bien elegida esta lectura, es como recordar el correcto comportamiento ante el mensaje evangélico, de aquí la acción de gracias, la aprobación y el suplicar cómo deben seguir ante el futuro. El adviento es una mirada al pasado en el presente hacia el futuro.

No está mal que hagamos una pequeña presentación de esta Carta a los Filipenses, no como erudición, sino como algo necesario para poder comprender su enseñanza en este segundo domingo de Adviento.

La carta a los Filipenses es uno de los escritos de Pablo que tiene un tono más típicamente epistolar. Se advierte una relación próxima y afectuosa entre el autor y los destinatarios.

Abundan las informaciones históricas y biográficas. En sus oraciones Pablo hace continua mención de los filipenses: *“Siempre que me acuerdo de vosotros, doy gracias a mi Dios. Cuando ruego por vosotros lo hago siempre con alegría”* (1, 3-4). Pablo sabe que en esta comunidad la Palabra de Dios ha sido escuchada y está dando mucho fruto. Da gracias a Dios porque esta comunidad ha colaborado y seguirá colaborando: *“Porque habéis cooperado en el anuncio del evangelio desde el primer día hasta hoy”*. Pablo confía y espera mucho de esta comunidad. *“Esta es nuestra confianza: que el que ha inaugurado entre vosotros una empresa buena, la llevará adelante hasta el Día de Cristo Jesús”*. Una comunidad cristiana no debe contentarse con lo conseguido, sino que debe aspirar a más, a profundizar en el mensaje de salvación. La conversión no termina en la primera determinación, sino que sigue un camino de maduración. *“Y ésta es mi oración que vuestra comunidad de amor siga creciendo más y más en penetración y en sensibilidad para apreciar los valores. Así llegaréis al Día de Cristo limpios e irreprochables...”* (ib. 1, 9-10).

Presentamos y oramos esta acertada perícopa. Aunque la Liturgia no hace uso del versículo 3, creo que es conveniente recordarlo, pues completa al versículo 4.

3. *Siempre que me acuerdo de vosotros, doy gracias a mi Dios.*

Utilizando una fórmula muy conocida, Pablo da gracias a Dios a favor de los cristianos de Filipos. Pablo sabe lo que supone esta comunidad, es un regalo del Señor, una dádiva suya, por esto mismo le da gracias a Dios y desea el apóstol de los gentiles que lo sepan los filipenses para que así se sientan valorados.

4. *Cuando ruego por vosotros lo hago siempre con alegría*

Es una explosión de gozo, nota que corre a todo lo largo de la carta. El Domingo III de Adviento es el domingo del gozo, de la alegría. Dirigirse a Dios a la hora de orar por los Filipenses una tarea gozosa, alegre, no sólo por una exigencia apostólica

5. *porque habéis colaborado en el anuncio del evangelio desde el primer día hasta hoy.*

La participación de los filipenses quedó patente por las ayudas que enviaron a Pablo y por los sufrimientos que soportaron por el evangelio. Los filipenses no sólo aceptaron el evangelio, sino que colaboraron con Pablo en su propagación.

Es un digno comportamiento, que deben seguir realizando.

6. *Estoy seguro de que Dios que ha comenzado en vosotros una obra tan buena, la llevará a feliz término para el día en que Cristo Jesús se manifieste.*

“No abandones la obra de tus manos” es la conclusión de un salmo (138,8): la petición se enriquece aquí con la proyección escatológica al “día” de Cristo Jesús. Será un día de plenitud y de gozo; no como el que anuncian Amós y Sofonías: “¡Ay

de los que ansían el Día de Yahveh! ¿Qué creéis que es ese Día de Yahveh? ¡Es tinieblas, que no luz!” (Amós 5, 18); más bien como lo que anuncia el discurso escatológico: “*Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza porque se acerca vuestra liberación.*” (Lc 21, 28)

Dios es el autor prevenida de todo lo bueno que hacen los filipenses. Hasta el día de Cristo Jesús: *La parusía*. Entonces la “buena obra” comenzada así y continuada será recompensada con el destino glorioso que tiene el cristiano : estar “*con el Señor*”. Pablo propone con frecuencia la parusía como motivo de la conducta ética del cristiano.

8. *Dios es testigo de lo que entrañablemente os quiero a todos vosotros en Cristo Jesús o con el mismo amor de Cristo Jesús.*

Este anhelo afectuoso hacia los filipenses ha motivado su acción de gracias. Pablo siente lo que dice, es veraz, Dios lo sabe; pero no se trata de cualquier amor, sino del amor según el querer de Cristo. Este versículo es de una gran densidad por doble motivo, porque Dios aprueba y ratifica lo que dice Pablo y porque su amor es de una calidad especial: según Cristo, no según el criterio de los hombres.

Hasta aquí ha sido un mirar hacia el pasado, bien escrito, bien realizado y por lo tanto digno de una buena nota; ahora toca mirar hacia el futuro, pues somos peregrinos, vamos de camino.

9. *Y le pido que vuestro amor crezca más y más en conocimiento y sensibilidad para todo.*

El progreso y desarrollo de los filipenses debe comportar un conocimiento personal creciente de la realidad cristiana que se caracterice por una profunda comprensión de su significado.

Se dice que el amor ciega: ¿también *la caridad cristiana*? El impulso radical puede descaminar o extralimitar su dinamismo. Hace falta colocar la caridad a la luz del “*conocimiento y percepción*” para poder “*discernir*”. Discernir: no entre el bien y el mal, sino *entre lo bueno y lo mejor*. La misma caridad empuja a afinar la percepción.

10. *Así sabréis discernir lo que más convenga, y el día en que Cristo se manifieste os hallará limpios e irreprochables.*

La súplica alarga de nuevo la mirada hacia la parusía: “*El os fortalecerá hasta el fin para que seáis irreprochables en el Día de nuestro Señor Jesucristo*” (1 Cor 1,8). El día del Señor, de Cristo, debe ser un punto referencial en el pasado, en el presente y en el futuro. No una mirada estática, contemplativa, sino dinámica, coherente y comprometida.

11 *Cargados del fruto de la salvación que se logra por Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios.*

Concluye con una breve doxología. “*El fruto de la honradez*” o justicia o salvación es una metáfora corriente: “*comerán del fruto de su conducta, de sus propios*

consejos se hartarán” (Prov 1, 31). Las obras son “fruto”, no condición, y que la fertilidad la procura Jesucristo: “*Efraím... ¿qué tiene aún con los ídolos? Yo le atiendo y le miro. Yo soy como un ciprés siempre verde, y gracias a mí se te halla fruto*” (Os 14,9); “*No me habéis elegido vosotros a mí, sino que yo os he elegido a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca; de modo que todo lo que pidáis al Padre en mi nombre os lo conceda*” (Jn 15, 16)

Digna actitud del hombre, que desea vivir el Adviento; no se trata de alguna pequeña mortificación, sino de un talante de conversión, de metanoia.

Lectura del Evangelio: *Lc 3, 1-6: Describe la llamada de Juan a preparar el camino del Señor.*

Los versículos 1-6 presentan la llamada de Juan a preparar el camino del Señor; en 7-14 cómo la gente sencilla y los marginados se preparan para el advenimiento del Señor; en 15-18 Lucas subraya la diferencia entre aquél que prepara el camino del Señor y el Mesías; por último en 3, 19-20 se concluye la presentación de Juan, el Bautista.

Lc. compuesto después que Mc y Mt, muestra cierta prevención ante un intento manifestado en el cristianismo primitivo de presentar a Juan como un rival e incluso como un abierto oponente de Jesús. Jn., el último evangelio, será más explícito al señalar que el Bautista no es el Mesías (1, 18.19-34).

En la declaración de que “*viene en pos de mí uno más poderoso que yo*” (Mc, 1,7; Mt 3, 11), Lc suprime las palabras “*en pos de mí*”, para evitar que se considere a Jesús como discípulo de Juan. Lc considera a Juan el último y más grande profeta de Israel, pero lo separa claramente del momento mesiánico glorioso que se inicia con Jesús: “*«La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan con violencia por entrar en él*” (Lc 16,16), donde se afirma que Juan llegó “antes de su [de Jesús] llegada)

Jesús siempre es presentado por Lucas como superior a Juan. Por eso, la predicación del Bautista no es- como en Mateo y Marcos- el “*reino de Dios*”, reservado a Jesús, sino el “*bautismo de conversión para el perdón de los pecados*”

La adaptación lucana de las tradiciones sobre Juan está controlada o dirigida por su cristología y contiene los siguientes elementos.

El ministerio de Juan, como el de Jesús, se ubica en la matriz de la historia mundial y religiosa, con todos sus aspectos positivos y negativos (Lc 3, 1-2)

Juan es el profeta de Dios (3, 2), pero no pertenece al período de la promesa, sino que inaugura el período del cumplimiento cuya figura central es Jesús. Juan termina su preparación: “*El niño crecía y su espíritu se fortalecía; vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel*” (Lc 1, 80) y se convierte en un predicador itinerante que prepara el camino de Jesús, cumpliendo así la profecía anunciada por Dios.

En esta perspectiva, Dios es quien dirige el ministerio de Juan (como también el de Jesús). Como en el caso de Jesús, también el ministerio de Juan se dirige a todos (3, 7-14). Juan no es Jesús, no es el Mesías (3, 15-17). Su bautismo, que

prepara para el camino de Jesús, debe completarse, lógicamente, con el camino de Jesús.

Juan sufrirá una muerte violenta (3, 19-20; 9, 7-9) por causa de su predicación; una suerte similar aguarda a aquel cuyos senderos prepara.

Lucas presenta a Juan como un modelo para sus Iglesias. Al igual que él, también ellas preparan a la gente para recibir a Jesús, pero no son el Mesías.

Dicho esto, expongamos este texto evangélico acerca de la figura de Juan Bautista.

1. *En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea, Filipino, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisanias tetrarca de Abilene*

Lucas, pues, inicia su narración de la actividad de Juan colocándolo históricamente en relación con el mundo romano y hebreo.

El acento de la historicidad es importante en la teología lucana: es en la historia presente donde se realiza el misterio de Cristo, y en la historia presente vive la Iglesia esperando el retorno del Señor

2. *En el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.*

A este desolador escenario de reacciones de la humanidad a los mensajeros de Dios, Dios envía a Juan, hijo de Zacarías, para inaugurar el nuevo tiempo de gracia del evangelio.

Muchos libros proféticos: “Palabra de Yahveh que fue dirigida a Oseas, hijo de Beerí, en tiempo de Ozías, Jotam, Ajaz y Ezequías, reyes de Judá, y en tiempo de Jeroboam, hijo de Joás, rey de Israel” (Os 1, 1) empiezan con fórmulas similares a la de Lc 1, 2b. Este modo de presentar la vocación de Juan Bautista es coherente con la idea de Lucas, según la cual, Juan fue el último profeta del AT (16,16)

Marcos y Mateo describen además a Juan como el bautizador o el bautista; Lucas por su parte, es el único que lo identifica como “el hijo de Zacarías”.

Lucas quiere resaltar el hecho de que Juan aparece como continuador del papel de Jeremías: consagrado antes de su nacimiento (Jr 1,5; Lc 1,13), anuncia el juicio escatológico (Jr 1,10; Lc 3,9.16s), la gloria mesiánica (Jr 31; Lc 1, 14; 3, 15s) y la nueva y última alianza en la que serán admitidos hasta los más sencillos (Jr 31, 31-34; Lc 7, 18-23)

El AT contiene una tradición de espiritualidad del desierto; éste significa el lugar al que Dios condujo a Israel, y en el que, a solas con su pueblo, estableció una alianza o vínculo matrimonial con él. El texto de Dt-Is, que Lc citará en seguida, continúa el mismo tema del desierto.

3. *Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados.*

Antes de centrar definitivamente su atención en la actividad de Jesús, san Lucas presenta a Juan Bautista en su misión de precursor del Mesías.

Juan, efectivamente, comienza su actuación hacia el pueblo de Israel, cuando recibe la palabra de Dios. Juan es descrito como un profeta itinerante. Sin embargo, no es uno más en la larga serie de los profetas de Israel

Toda la región: El Juan de este evangelio es un predicador itinerante.

Arrepentimiento: apartarse del pecado y cambiar de conducta moral. *Perdón de los pecados:* La imagen procede de la cancelación de las deudas económicas y de la liberación de la esclavitud o de la cárcel.

Mientras en Mateo Juan predica “en el desierto de Judea”, que puede indicar un territorio extenso, Lucas limita su actividad a la región “del Jordán” *“Predicando o “proclamando” un bautismo de conversión para el perdón de los pecados”*.

A diferencia de Mt 3, 2, Lucas no dice, que Juan proclamaba la venida del reino. Reservará esta tarea a Cristo: *“Y sucedió a continuación que iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce”* (8, 1) a quien corresponde “proclamar” de forma absoluta: *“E iba predicando por las sinagogas de Judea.”* (4, 44)

Mateo por su parte no atribuye al bautismo de Juan el poder de perdonar los pecados, que sólo lo obtiene la muerte sacrificial de Jesús: *“porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados”* (26,28).

Se puede notar algún rasgo distintivo del bautismo de Juan comparándolo con otros bautismos practicados en la época, en particular el bautismo de los prosélitos. Este último rito destinaba a los paganos que deseaban adherirse al judaísmo; el bautismo de Juan en cambio era para los judíos que deseaban obtener una purificación superior a la que podían ofrecer los sacrificios de animales, una purificación capaz de hacer entrar en una nueva vida de comunión con Dios.

Bautismo: Purificación ritual mediante el agua, que tiene sus antecedentes en la tradición bíblica: *“Se congregaron, pues, en Mispá, sacaron agua, que derramaron ante Yahveh, ayunaron aquel día y dijeron: «Hemos pecado contra Yahveh.» Samuel juzgó a los israelitas en Mispá”* (1 Sm 7, 6).

4. *Como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: “Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, rectificad sus sendas;*

Las palabras de Isaías se recogen exactamente igual en los tres sinópticos, pero donde los Setenta leen *“enderezad los senderos de nuestro Dios”*, los sinópticos escriben *“enderezad sus senderos”*, lo que significa una interpretación mesiánica

Está escrito: Juan está cumpliendo la promesa de Dios de un nuevo éxodo, un nuevo exilio de la muerte y del pecado, que será consumado por Jesús cuyo camino prepara.

El Deutero-Isaías había hablado del regreso del exilio de Babilonia en términos que sugerían un nuevo éxodo, en el que Dios mismo habría conducido a su pueblo a una nueva tierra prometida: *“Abriré sobre los calveros arroyos y en medio de las barrancas manantiales. Convertiré el desierto en lagunas y la tierra árida en hontanar de aguas.”* (Is 41, 18s).

La tradición cristiana primitiva se ha servido de este motivo para hablar de un tercer éxodo, el proclamado por Juan Bautista en el desierto. Pero este nuevo éxodo tomará una nueva dimensión, una dimensión espiritual, condensada en la noción y en la concretización del Reino de Dios

5. *todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos.*

6. *Y todos verán la salvación de Dios”*

Lucas continúa la cita de Isaías, incluyendo de esta forma: *“todo hombre verá la salvación de Dios”* en línea con su concepción de una salvación ofrecida a todos, hebreos y paganos. Omite, sin embargo, las palabras de Isaías: *“se revelará la gloria del Señor”* (Is 40,5) quizá porque según Lucas la verdadera gloria del Señor aparecerá en Cristo en el momento de su exaltación: *“¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?”* (Lc 24, 26)

Hemos intentado exponer la figura del Juan Bautista, presentada por el evangelista Lucas; pero sería bueno quedarnos solamente en la exégesis, sino en el Mensaje del Bautista, siempre proyectado hacia el Mesías.

Resumiendo, anotamos el mensaje de Juan, el precursor; tenemos presente el canto de esperanza del profeta Baruc y la confesión del salmo responsorial, y la alegría de Pablo ante el comportamiento pasado-presente y futuro de su comunidad de Filipos.

Ahora nos queda indicar qué actitud debemos tomar nosotros. *“..., cuando salimos animosos al encuentro de tu Hijo, no permitas que lo impidan los afanes de este mundo; guíanos hasta él con sabiduría...”* (Oración Colecta). Debe existir en nosotros un deseo gozoso de ir al encuentro del Señor e intentar que nadie nos aparte del verdadero camino. La Oración después de la Comunión es una petición al Señor para que sepamos valorar los bienes de este mundo y los bienes del cielo: *“... nos des sabiduría para sopesar los bienes de la tierra amando intensamente los del cielo”*

